

RELACIONES CHINA-ESTADOS UNIDOS 2001-2002
VISIÓN CHINA DE LA SITUACIÓN
MUNDIAL ACTUAL

5

GUILLERMO PUYANA RAMOS

Docente e Investigador,
Facultad de Finanzas, Gobierno y
Relaciones Internacionales
Universidad Externado de Colombia

Correo electrónico: gpuyana@multi.net.co

5

C O N T E N I D O

Introducción	137
I. Cambio no sólo en los discursos	140
II. Deterioro y mejoría parcial en las relaciones militares	141
III. Taiwán: entre la solución política y la solución militar	146
IV. Derechos Humanos y Tíbet	150
Conclusión	154

Introducción

Como en todas las campañas presidenciales estadounidenses, en la última en la que resultó elegido George W. Bush la política de los Estados Unidos hacia China fue tema de debate. De tiempo atrás, los chinos son conscientes de los efectos que sobre las relaciones bilaterales tiene la política interna estadounidense. Es frecuente que el gobierno en ejercicio sea acusado de ser débil frente a China y que el candidato del partido opositor proponga modificaciones sustanciales y una actitud más fuerte hacia los chinos en temas como derechos humanos, déficit comercial, autonomía del Tíbet, relaciones con Taiwán, armas, etc.

Sin embargo, en términos generales la evolución de las relaciones chino-estadounidenses manifestaba una tendencia positiva, en parte debido a la mayor confluencia de intereses recíprocos en áreas estratégicas y a la cada vez más profunda complementariedad económica. No obstante, persistían grandes diferencias políticas que se han agudizado en los últimos dos años, sobre todo por la expansión militar estadounidense en el mundo desde 1991 con la Guerra del Golfo, que se acentuó con la intervención en los Balcanes en 1999 y adquirió un matiz global y generalizado en 2001 con las operaciones que siguieron a los atentados de 11 de septiembre de ese año en Nueva York y Washington.

Estas diferencias políticas se derivan de la concepción del mundo que tiene cada una de estas potencias y del papel que cada una considera que debe cumplir. Históricamente, China ha abogado por un mundo multipolar, percepción que se arraigó con la disolución del bloque socialista soviético. Estados Unidos, por su parte, ha buscado la conformación de un liderazgo mundial único en cabeza suya. En algunos momentos de la historia, estas percepciones han llevado a que se conformen alianzas o asociaciones estratégicas como las de la Segunda Guerra Mundial cuando el Ejército comunista se destacó en la derrota de Japón en el este asiático, y como la que se presentó en los años setenta y ochenta ante la necesidad de neutralizar la expansión soviética, que afectaba los intereses estratégicos tanto de China como de Estados Unidos.

Sin embargo, las visiones de fondo que cada una representa hacen que haya muchos intereses cuya conciliación es extremadamente difícil. El multipolarismo chino no es compatible con la dominación única global de Estados Unidos. De parte y parte se perciben serias amenazas que llevan a la definición de una política de contención a China por parte de los Estados Unidos, y al aceleramiento de la construcción del poder nacional integral en China para enfrentar escenarios de amenaza de intervención de los Estados Unidos en China en forma directa o a través de Japón o Taiwán. Esto llevó incluso a una sustancial modificación de la teoría militar china y de los escenarios de probable conflicto que tendría que confrontar China en el futuro¹.

Desde 1995 la desconfianza mutua ha crecido, los puntos de conflicto se han ido tensionando cada vez más y los escenarios en que este conflicto se manifiesta también se han diversificado. A partir de los atentados del 11 de septiembre, en China se consolidó la percepción de que los Estados Unidos ampliaron su intervención militar global no para resolver el problema puntual del terrorismo de Al Qaeda y el derrocamiento de los talibán, sino para quedarse en cada uno de los países que facilitaron el asentamiento y la presencia de tropas estadounidenses. Esto complica en extremo la estrategia china de construcción de un mundo multipolar que ya se venía dificultando con el decaimiento político, económico y militar de Rusia y con la recesión económica en el sudeste asiático y Japón.

Hasta finales de 1999 existía en China un debate interno sobre si el discurso público acerca de la política de contención de los Estados Unidos tenía o no un fundamento razonable en los hechos². Pero a partir de 2001, ese debate interno se ha debilitado ante la fuerza de los acontecimientos que demuestran que la dureza de Bush contra China en la campaña presidencial correspondía más a una visión de largo plazo que a una respuesta impuesta por la política interna estadounidense. Desde el lado chino, igualmente, se observa que la política interna está influenciada en la percepción sobre los Estados Unidos y en la formulación de las políticas chinas hacia la potencia mundial. En particular, es claro el surgimiento del nacionalismo

¹ WITTING, Alan. "The PLA and China's Threat Perception", en *China Quarterly*, Londres, SOAS, junio de 1996, No. 146, p. 556.

² SAUNDERS, Philip. "China's America Watchers", en *China Quarterly*, Londres, SOAS, marzo de 2000, No. 161, p. 41.

entre la población, así como la influencia cada vez mayor que ejercen los militares y los representantes de una línea dura en materia internacional, quienes cuestionan a Jiang Zeming por lo que consideran su actitud débil ante actos de agresión de los Estados Unidos.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York llevaron a algunos a pensar que era el momento en que los Estados Unidos podrían encontrar un fundamento de acción común para una política internacional que impulsara la cooperación por encima de todo. El extremismo islámico ha sido una fuente constante de preocupación para China, cuya riesgosa vecindad con Afganistán en su provincia occidental más remota la había llevado años atrás a diseñar un foro de cooperación regional con Rusia, Kirguistán, Kazajistán, Uzbekistán y Tayikistán, conocido como Organización de Cooperación de Shanghai, en el que uno de los temas prioritarios era el control del extremismo y la lucha contra el terrorismo. Pero los hechos de los últimos nueve meses parecen confirmar que hay que mantener escepticismo frente a valoraciones como la que en algún momento hizo un analista de la Universidad China de Defensa Nacional, según la cual "el ajuste en el enfoque estratégico ha evitado que los Estados Unidos colliquen su mayor potencial militar en Asia del Este, incluso el estrecho de Taiwán, y ha controlado la imprudencia de las fuerzas separatistas taiwanesas. Esta situación, por lo tanto, da a China la oportunidad de intensificar sus esfuerzos hacia la "reunificación nacional pacífica como una eventual solución al problema de Taiwán", y que más bien, dado que los Estados Unidos llegaron a Asia central y regresaron a Asia del Este para quedarse, los esfuerzos chinos para construir una base regional que sustente su política de multipolaridad desperdiciarán la "hostilidad estratégica" del Pentágono". Los chinos, pues, consideran que los Estados Unidos están inmersos en un doble propósito: luchar contra el terrorismo y establecer un nuevo hegemonismo mundial.

Una revisión de los acontecimientos desde que George W. Bush asumió la presidencia puede ayudar a ilustrar el panorama, para después adentrarnos en el

³ JIANG, Ungfei. "Sino-US relations and world politics since 9.11.", en *Beijing Review*, 3 de enero de 2002. Vol. 45, No. 1, p. 7.

⁴ PENG, Zhongying. "Bush's visit and Sino-US ties", en *Beijing Review*, 21 de febrero de 2002. Vol. 45, No. 8, p. 11.

estudio concreto de cada uno de los focos de conflicto o de cooperación que emergen y así tener una idea del estado de las relaciones ch no-estadounidenses.

I. Cambio no sólo en los discursos

Desde el momento mismo de su posesión, Bush dejó ver que la política hacia China entraría en lo que los mismos estadounidenses denominaron "revisión global". De hecho, en enero de 2001 el nuevo secretario de Estado dio un discurso sobre los lineamientos de la nueva política exterior, que en lo relativo a China tuvo de llamativo una sutileza: no se refirió a ella como "socio estratégico". En febrero siguiente, Powell afirmó que China para los Estados Unidos constituía un "rival y competidor estratégico".

A estos discursos se sumaron un par de declaraciones de Powell que generaron una fuerte reacción por parte de los chinos, al punto que el Departamento de Estado tuvo que expedir comunicados que de una u otra manera rectificaban o aclaraban la posición de Colin Powell. Hubo un evento en particular: en una audiencia ante el comité de relaciones exteriores del Senado estadounidense, al hablar de Taiwán, Powell llamó a la provincia china "República de China". La inmediata protesta de Beijing llevó a una declaración del Departamento de Estado para aclarar que se había tratado de un error verbal (*slip of tongue*).

El secretario de Estado no fue el único con problemas de dicción. En abril de 2002, Bush se refirió a Taiwán como un "país" y, ante el reclamo chino, la misma Casa Blanca dijo oficialmente que había sido un "error verbal" del presidente sin incidencia sobre la política internacional de los Estados Unidos hacia China. Pronto se verá que el problema superaba los discursos y las declaraciones ante los medios de comunicación.

II. Deterioro y mejora parcial en las relaciones militares

De tiempo atrás los chinos y los estadounidenses tienen escenarios de confrontación que con la llegada al poder de George W. Bush continuarían desempeñando su papel perturbador de las relaciones bilaterales. Uno de esos escenarios frecuentes era el del control de armas, que involucraba tanto la venta de armas de todo tipo como la transferencia de tecnología sensible para el desarrollo de armas de destrucción masiva y de sistemas de defensa a países "rogados". El problema del control de armas afectaba igualmente el asunto de Taiwán, que por tener unas particularidades especiales será tratado aparte.

Desde enero de 2001, el nuevo gobierno estadounidense tuvo varias diferencias y francas disputas en asuntos relacionados con el control de armas. A mediados de ese mes, el Pentágono acusó a China de estar traspasando tecnología nuclear a Pakistán e Irán en violación de acuerdos internacionales sobre la materia de los que era parte China. En febrero de ese mismo año, el Departamento de Estado dijo que China estaba ayudando a Irán a construir sistemas modernos de defensa anti-aérea. En junio siguiente, China fue acusada por funcionarios del Pentágono de estar facilitando a Irán la tecnología para el desarrollo de armas químicas y vendiéndole ese tipo de armas. No obstante que muchas veces las acusaciones no estaban acompañadas de pruebas, lo cierto es que terminaron afectando el desarrollo de la cooperación militar bilatera.

El deterioro se acentuó cuando los Estados Unidos hicieron evidente su deseo largamente anunciado de desarrollar la tecnología de defensa nacional de misiles en teatro de operaciones (*National Missile Defense - NMD*), que tenía tres implicaciones serias en la defensa estratégica de China. Por un lado, porque el programa estaba estructurado en torno al concepto de defensa en "áreas adyacentes", que para los chinos contenía una referencia a su problema de defensa más sensible: Taiwán. Por otro lado, porque el programa incluía la cobertura de Japón, país que para muchos analistas es el que mayor riesgo potencial de una confrontación militar tiene con China en un mediano plazo. Finalmente, porque el programa rompía el

equilibrio militar mundial y lanzaba a los países que se verían afectados (Rusia y China fundamentalmente) a una nueva carrera armamentista para poder establecer un sistema de ataque que pudiera superar la barrera tecnológica del NMD. En otras palabras, los chinos consideraban que el sistema nacional de defensa de misiles de los estadounidenses los hacía menos vulnerables a un ataque chino y, por lo tanto, el factor disuasivo del poder militar chino (incluido sobre todo el nuclear) se reducía, imponiendo nuevas necesidades de modernización militar para recuperar ese poder disuasivo a un país cuyos requerimientos de desarrollo no están precisamente en la esfera militar.

Las fricciones se hicieron más notorias cuando los estadounidenses pasaron del dicho al hecho, en febrero de 2001. En ese mes, en el estado de Colorado se hicieron ejercicios a gran escala de simulación de guerra espacial. En mayo siguiente, el presidente Bush anunció formalmente que los Estados Unidos entrarían en la fase de desarrollo concreto del sistema nacional de defensa de misiles.

El agrietamiento de las relaciones militares bilaterales se intensificó en abril de 2001, cuando sucedió el más grave incidente militar entre los dos países desde la guerra de Corea (descontando el asedio de misiles que China hizo contra Taiwán en 1992, que llevó a los Estados Unidos a estacionar dos portaaviones al otro lado de la isla, y el bombardeo de la embajada china en Belgrado en 1999, pues en esos dos eventos nunca hubo confrontación militar directa). A principios de abril de 2001, un avión de reconocimiento estadounidense sobrevolaba la costa china en actos calificados por los chinos de "espionaje". Unos cazabombarderos chinos se acercaron al avión estadounidense para advertirle que se retirara y se presentó una colisión con uno de los aviones chinos. Resultado: un avión chino se vino abajo, causando la muerte del piloto. El avión estadounidense fue detenido en la isla de Hainán, junto con su tripulación.

El incidente tuvo un desarrollo tortuoso que reveló dos cosas: una inmensa presión popular interna en China por parte de la población, del estamento militar

y de algunos políticos radicales para que el gobierno asumiera una posición dura frente a Estados Unidos; por otro lado, la debilidad intrínseca de China para asumir ese papel que se le exigía internamente. El resultado de esta contradicción fue que China optó por liberar a la tripulación estadounidense con base en "consideraciones humanitarias", precedidas de una declaración estadounidense que expresaba sentir "profundo pesar" (*deeply sorry*) por el incidente y por la muerte del piloto chino. Meses más tarde, el avión estadounidense sería regresado a los Estados Unidos, pero en un avión de fabricación rusa. Esta solución final estaba muy lejos de los requerimientos iniciales del gobierno chino de que el gobierno estadounidense asumiera la responsabilidad total por el incidente, sin excusas, y presentara una disculpa satisfactoria al gobierno y al pueblo chinos (*full and satisfactory apology*).

El incidente, además, causó la suspensión de los diálogos bilaterales no sólo en lo militar, sino también en derechos humanos. La situación se agravaría porque a finales de abril Bush manifestó que su país haría todo lo que estuviera a su alcance para ayudar a Taiwán a defenderse, lo que se sumaba a la desconfianza que generaba el desarrollo del sistema nacional de defensa de misiles. Realmente, los chinos recibieron en mayo de 2001 al secretario de Estado adjunto James Kelly sólo para dialogar sobre los alcances del sistema que pensaban desarrollar los estadounidenses. Pero esta visita arrojó pocos frutos, dada la cercanía del incidente del avión espía y dado que Kelly, en una inexplicable falta de tacto político, dijo que la oposición de China al NMD obedecía a que no lo entendía.

Los chinos empezaron a aplicar una serie de mecanismos de presión adicionales a la suspensión de la cooperación militar directa. Haciendo uso de las facultades que le reconoce la Constitución de Hong Kong para dirigir las relaciones internacionales y la defensa de la isla, China negó en junio de 2001 una solicitud de los Estados Unidos para que sus buques militares pudieran atacar en el puerto de Hong Kong. A finales de ese mismo mes, China acusó a los estadounidenses de haber reiniciado los vuelos de espionaje a lo largo de la costa china. Semanas después, los chinos negaron una petición de los Estados Unidos para que sus aviones militares pudieran aterrizar en los aeropuertos de Hong Kong. La tensión no se alivió

con el anuncio de la Casa Blanca, en julio de 2001, de que el secretario de Estado Colin Powell haría una visita oficial a China, porque estaba precedido de gravísimos incidentes diplomáticos y militares en todas las áreas.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington abrieron necesariamente la cooperación militar con los chinos, que tenían sus propias preocupaciones con el terrorismo de organizaciones islámicas asentadas en Asia central y en el Turkestán oriental, responsables de graves atentados cometidos en el pasado en la provincia china de Xinjiang. Cuando estallaron las confrontaciones militares entre India y Pakistán en Cachemira a principios de 2002, los estadounidenses consultaron permanentemente a los chinos y con ellos coordinaron acciones para buscar mantener la paz y el equilibrio entre esos dos países. Esta actitud de los estadounidenses es muy significativa para los chinos, que siempre se han empeñado en tener un papel preponderante en asuntos mundiales de acuerdo con su propia percepción de potencia política con influencia global y no sólo regional, pero usualmente no han encontrado eco en los Estados Unidos. Éstos han despreciado el poder político de China y su capacidad de transacción internacional, sobre todo en conflictos lejos del área de influencia directa de China, pero en esta oportunidad no podían darse ese lujo, teniendo en cuenta la cercanía histórica de China con Pakistán y la rivalidad histórica de China con India. De manera que desde enero de 2002, Powell estableció contactos telefónicos permanentes con el canciller chino Tang Jiaxuang para dialogar sobre la situación en el subcontinente indio.

De todas formas, desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 los Estados Unidos parecen menos inclinados a la confrontación con China en la esfera militar. Los estadounidenses necesitan no sólo que China coopere en el problema de Asia central y el subcontinente indio, sino que asuma una posición constructiva en muchas áreas en las que puede jugar un papel político importante como miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Desde septiembre de 2001, y en particular desde enero de 2002, se han diversificado enormemente los requerimientos de defensa y seguridad internacional de los Estados Unidos — Asia central, India y Pakistán, Palestina e Israel, Filipinas y las operaciones de la

organización Abu Sayaff, Iraq, Irán y Corea del Norte, los países del "eje del mal", de manera que no parecería lógico buscar puntos adicionales de confrontación con China.

Esto puede explicar un relajamiento de la tensión en el primer semestre de 2002, cuando se reiniciaron los contactos directos entre delegaciones militares. Y también explicaría que el Pentágono haya pasado de las acusaciones a los simples reportes y a darse por satisfecho con las explicaciones de los chinos. Así sucedió en junio de 2002, cuando en las operaciones contra reductos de Al Qaeda se encontraron misiles tierra-aire de fabricación china. El gobierno chino negó que hubiera vendido ese tipo de armas al régimen talibán o a la organización Al Qaeda.

Para junio de 2002, la posición de estamento militar estadounidense era diametralmente opuesta a la de año y medio antes. Lo último que sucedió fue que el Pentágono presentó una queja por lo que consideraba un tratamiento inequitativo de las delegaciones militares estadounidenses que visitaban China. Según el Pentágono, mientras a las delegaciones chinas en Estados Unidos se les mostraban "ítems sustanciales", a las delegaciones estadounidenses en China solo las llevaban a los museos militares.

Si bien en las relaciones militares bilaterales directas los Estados Unidos ya no buscaban la confrontación sino un diálogo más estrecho, algo muy distinto sucedía en un área en la que el tema militar también está presente: el asunto de Taiwán, que para los chinos es como un puñal entre las costillas. Ahí estamos presenciando un juego extremadamente peligroso que puede provocar una situación incendiaria, porque los Estados Unidos se están comportando como un pirómano en una estación de gasolina.

III. Taiwán: entre la solución política y la solución militar

Los chinos siempre han dicho que el problema bilateral más importante que tienen con los Estados Unidos es el asunto de Taiwán. Esto es explicable porque al momento de establecer los fundamentos de las relaciones con los estadounidenses, durante la visita de Nixon en 1972, los chinos aceptaron que Estados Unidos se reservara el derecho de mantener con la isla relaciones militares tendientes a garantizar su defensa y evitar una solución militar por parte de China. Sin embargo, los comunicados conjuntos fueron tan ambiguos que cada parte puede darles una interpretación razonable y diametralmente opuesta. El problema es que la posición estadounidense sobre la venta de armas a Taiwán y su actitud frente a la isla y su liderazgo están dificultando las soluciones políticas y favoreciendo la opción militar.

No hay que perder de vista que Taiwán no sólo es el problema bilateral más serio que tiene China con los Estados Unidos. Desde muchos puntos de vista, es uno de los problemas políticos más sensibles que hay dentro de China y está en la raíz misma de la legitimidad del régimen, pues las guerras libradas a mediados del siglo XX bajo el liderazgo del Partido Comunista buscaban tanto la liberación como la reunificación, y Taiwán es el único tema no resuelto de esa revolución. Si bien los chinos plantearon desde principios de los años ochenta del siglo pasado la política de "reunificación pacífica" bajo el modelo probado con éxito en Hong Kong de "un país, dos sistemas", nunca han renunciado a la opción de resolver militarmente el problema de la separación de Taiwán. De hecho, China ha señalado una serie de eventos en los que intervendría militarmente en la isla: declaración de independencia, intervención foránea, graves disturbios internos que las autoridades locales no puedan controlar y una grave calamidad natural que no se pueda resolver con los recursos de la isla. Esta caridad es la que ha hecho que las autoridades taiwanesas nunca hayan dado el paso hacia la declaración de independencia, ni siquiera ahora que la isla está gobernada por un partido que se proclamaba independentista.

Además, los chinos no sólo han proclamado los eventos de la intervención militar sino que se están materialmente preparando para ello. De tiempo atrás, el gasto militar ha tenido un componente importante en áreas que indudablemente serían descolantes para el éxito de una operación militar sobre la isla: desarrollo de capacidad de navegación en aguas profundas (*blue water navy*), incremento de la capacidad de alistamiento y alerta (*readiness*) de tropas de elite, perfeccionamiento de sistemas de transporte y ataque anfibio, desarrollo autónomo de aviones de combate, transporte y abastecimiento, adquisición de sistemas de ataque submarino con base en sistemas silenciosos y rápidos (China adquirió a Rusia varios submarinos ultrasilenciosos nucleares clase Kilo) y desplazamiento de misiles de mediano alcance sobre las costas frente al estrecho de Taiwán.

En la actualidad, se considera que China tendría muchas dificultades para invadir Taiwán y sostenerse como fuerza permanente, sobre todo si se da una intervención estadounidense. Pero sí está en una clara capacidad de sostener un asedio misilístico, naval y aéreo de larga duración. Los chinos por eso reaccionan con extremado enojo cuando los estadounidenses consideran la venta de armas que podrían incrementar la capacidad de defensa de Taiwán ante ese tipo de asedios navales y aéreos, porque estiman que lanzan a China a un nivel superior de desarrollo tecnológico militar para mantener un grado óptimo de capacidad para intervenir en la isla en cualquiera de los eventos que se señalaron y, así mismo, debilitar una opción independentista en la isla. Obviamente, el pensamiento del lado taiwanés es el de la necesidad de mantener una potencia disuasiva suficiente frente al poder militar chino.

Los Estados Unidos juegan un papel importante en este problema, porque tanto del lado político como del estrictamente militar su actitud ha agravado la situación de seguridad en el estrecho de Taiwán. Una revisión de los últimos 18 meses evidencia un deterioro en este aspecto de las relaciones bilaterales chino-estadounidenses, en comparación con un estado no necesariamente ideal ni óptimo, pero sí bastante bueno, en que habían quedado con el gobierno de Bill Clinton. Los problemas con Bush y sus funcionarios empezaron con los *slips of tongue*

de Colin Powell en enero de 2001, pero pronto trascenderían lo meramente lingüístico y sus protagonistas no serían solo funcionarios del gobierno sino también miembros del Congreso estadounidense entre los que Taiwán tiene aliados muy fuertes. En lo que va del gobierno de Bush, se ha notado que los Estados Unidos no solo quieren el fortalecimiento de Taiwán, sino también elevar el nivel de sus relaciones con las autoridades de la isla, en dirección inversa al deterioro de las relaciones políticas con el continente. Esto puede estimular las fuerzas separatistas y desatar uno de los puntos de la confrontación militar de gran escala en el estrecho de Taiwán.

En febrero de 2001 empezaron las conversaciones entre los Estados Unidos y Taiwán para la compra de un paquete de armamento de alta tecnología y, en particular, de misiles Patriot PAC-3 con capacidad de interceptación misilística y helicópteros antisubmarinos, precisamente la tecnología que apuntaba a neutralizar la capacidad de interceptación marina y aérea de China.

En marzo de 2001, el presidente taiwanés Chen Shuibian pidió autorización a los Estados Unidos para hacer una parada de tránsito en un viaje que tenía para visitar los únicos países centroamericanos que aún tienen relaciones diplomáticas con Taiwán. Esta autorización, finalmente, se concedió y causó un grave deterioro de las relaciones chino-estadounidenses, pues los chinos consideraron que Chen simplemente se excusaba con una parada de tránsito para sostener conversaciones con políticos y personalidades y que los Estados Unidos promovían esto a pesar de reconocer que sólo había una China y que Taiwán era parte de la República Popular de China.

En el mismo mes de marzo de 2001, el Congreso estadounidense pidió a la Casa Blanca que aprobara el paquete de armas de alta tecnología a Taiwán. El mes siguiente, en abril, Bush declaró en una entrevista que los Estados Unidos harían "todo lo que esté a su alcance" para "ayudar a Taiwán a defenderse". Posteriormente, a finales de ese mes, le otorgó visa de turista a Lee Tenghui, ex presidente de Taiwán, a quien China considera uno de los políticos isleños que más inclinación tiene hacia la independencia.

En 2002 se iniciaron las conversaciones para otra venta de armas a Taiwán. Fueron precedidas de la revelación en medios estadounidenses de que China había emplazado misiles CSS-7 frente a Taiwán, que hacían recomendable que los Estados Unidos vendieran a la isla buques destructores antimisiles Aegis que, además, tienen capacidad de intercepción submarina. Estas versiones se confirmarían en julio siguiente, cuando China probó nuevos misiles aire-aire, a lo cual el Pentágono reaccionó informando que estaba considerando la venta de nuevas armas a Taiwán, incluidos los destructores antimisilísticos Aegis. De hecho, una delegación militar estadounidense se desplazó a la isla para las conversaciones.

Por su parte, el Congreso estadounidense realizó su relación con Taiwán mediante el establecimiento en la Cámara de Representantes de una oficina especial para Taiwan en abril de 2002 y la aprobación de una petición a la Casa Blanca para que apoye a la isla en su esfuerzo por ingresar como Estado a la Organización Mundial de la Salud, lo que contravendría las bases de las relaciones bilaterales con China, ya que los Estados Unidos se han comprometido a no apoyar el ingreso de Taiwán a organizaciones internacionales cuyos miembros sean estados soberanos.

Sin embargo, entre Estados Unidos y China ha habido visitas de alto nivel en las que se ha buscado elevar el estatus de la relación y aliviar las tensiones. Por ejemplo, en marzo de 2001 el vice primer ministro Qian Qichen viajó a los Estados Unidos y se entrevistó con Bush. La Casa Blanca informó que el presidente Bush viajaría a Beijing en octubre siguiente luego de asistir a la cumbre de la APEC en Shanghai, con lo que sería el primer mandatario estadounidense en ir de visita de Estado a China en su primer año de mandato⁵. Sin embargo, cualquier resultado positivo que se hubiera conseguido con estos dos eventos quedó desvirtuado por el incidente del avión espía pocos días después. En julio siguiente, el secretario de Estado Colin Powell realizó una visita oficial a Beijing. Luego de la cumbre de la APEC en octubre en Shanghai y como resultado de las mejores relaciones que siguieron a septiembre de 2001, China reanudó con los Estados Unidos el diálogo sobre

⁵ La visita finalmente no se realizó porque Bush si bien asistió a la cumbre de la APEC en Shanghai en octubre, tuvo que regresar a Washington ya que escasamente una semana antes se habían iniciado las acciones militares contra Afganistán en el marco de la operación Enduring Freedom. Bush haría su visita oficial a China en febrero de 2002.

derechos humanos. Bush visitó China en febrero de 2002, y en junio de este año el vicepresidente chino Hu Jintao hizo una visita de reciprocidad a Washington.

De manera que, como vemos, en el tema de Taiwán la situación ha presentado los característicos síntomas de deterioro. En general, se percibe que los Estados Unidos han elevado el estatus de la isla en su política exterior, con el correspondiente desmejoramiento de las relaciones con el continente. Quienes consideraban que la intensificación de la cooperación política entre los Estados Unidos y China después de los atentados del 11 de septiembre podía allanar un camino más claro hacia las posibilidades de reunificación pacífica como resultado de una actitud más constructiva de los Estados Unidos, por el momento no pueden sostener sus deseos con hechos.

Miremos, finalmente, cómo se han desenvuelto otras áreas de confrontación, en especial el Tíbet y los derechos humanos.

IV. Derechos humanos y el Tíbet

En lo que va corrido del gobierno de Bush, ningún acontecimiento particular establece una diferencia con respecto a la presidencia de Bill Clinton, durante la cual las acciones diplomáticas y políticas a todo nivel contravirtieron a China por la situación de derechos humanos y causaron permanentemente problemas. Las controversias se presentaban por lo general en el seno de la comisión de derechos humanos de las Naciones Unidas, donde China siempre ha logrado, básicamente con el apoyo de países en desarrollo, derrotar las mociones presentadas consistentemente por los Estados Unidos para que el caso chino sea sometido a estudio. Una de estas mociones fue presentada en febrero de 2001, y en marzo el Departamento de Estado divulgó su estudio mundial sobre derechos humanos, con fuertes censuras contra China. La acusan de cometer violaciones a toda la gama de derechos civiles, particularmente a la libertad religiosa y a la libertad de expresión,

asociación y reunión, por los procedimientos judiciales sumarios, detenciones sin orden judicial, arrestos administrativos prolongados, uso extensivo de la pena de muerte y violación de la autonomía de las minorías nacionales, particularmente en el Tíbet.

China respondió como usualmente lo hace, exaltando sus éxitos en derechos sociales y culturales, la eliminación de la pobreza, el enriquecimiento de la población, y señalando al gobierno de Bush por usar un doble estándar al acusar a China de violaciones graves que también ocurrieron en los Estados Unidos, como la discriminación racial, la violencia urbana y la aplicación extensiva de la pena de muerte. Por lo general, este estudio es publicado unas semanas antes de la votación en la comisión de derechos humanos de las Naciones Unidas, pero desde 1992 China ha obtenido el rechazo de la moción estadounidense, como sucedió en abril de 2001, por décima vez consecutiva.

El tema de los derechos humanos trascendió al campo deportivo. La Cámara de Representantes de los Estados Unidos pidió a la Casa Blanca que se opusiera, en el seno del Comité Olímpico Internacional, a la candidatura de Beijing para ser sede de los Juegos Olímpicos de 2008. En este propósito ya había tenido éxito ocho años antes, cuando Beijing fue derrotada por Sídney para albergar los Juegos Olímpicos de 2000. Esto significó un fuerte golpe diplomático para los chinos, pero internamente empezó a deteriorar la imagen del *beautiful imperialism* dentro de la sociedad china, que comprendió el fundamento del discurso chino según el cual los Estados Unidos están interesados en contener y neutralizar el poderío nacional chino y su mayor presencia mundial, no por diferencias ideológicas sino porque no quieren un competidor mundial. Finalmente, en julio de 2001, en la votación en Moscú, China se anotó otro éxito diplomático al obtener la sede de los olímpicos de 2008, contra la oposición de los Estados Unidos que en esta oportunidad no lograron armar un solo bloque con otros países europeos.

En mayo, el decimocuarto Dalai Lama fue recibido por el presidente Bush y el secretario de Estado Powell. Este hecho nuevamente agrió las relaciones con Beijing, que poca o ninguna capacidad de manobra ha tenido frente a las actividades políticas internacionales del Dalai Lama, cuyo prestigio en Occidente acalla por completo la propaganda china. Sin embargo, los chinos han podido demostrar que el desarrollo económico tibetano ha ido restándole cada vez más fuerza al programa político del Dalai Lama, y las actividades de los sectores independentistas tibetanos son cada vez más reducidas y acogidas por la población tibetana.

Hacia octubre de 2001, las relaciones chino-estadounidenses en el campo de los derechos humanos mejoraron ostensiblemente cuando China reanunció el diálogo bilateral en la materia. En una retrospectiva de mediano plazo, algo así como los últimos 14 años, cuando empezaron a suceder las primeras manifestaciones estudiantiles en diciembre de 1988, que desembocaron en junio siguiente en la tragedia de Tiananmen que sumió a China en su más grande y grave período de aislamiento y desprestigio internacional de la era de Deng Xiaoping, lo que se observa es que China logró no solo romper el aislamiento, sino mejorar sustancialmente la situación de los derechos humanos internamente, dejando a los países occidentales, sobre todo a los Estados Unidos, sin materia para exponer sus críticas.

Esto fue particularmente notorio a partir de 1998 cuando Bill Clinton visitó China. Mientras todo el mundo esperaba que Clinton, como representante del "mundo libre", fuera a China a cantarle a tabla a un gobierno comunista medroso de la reacción popular, se encontró con una situación inesperada. Los chinos abrieron todos los canales deseables de comunicación con la población, emitiendo en directo y sin censuras el primer discurso de Clinton. Luego hubo una sesión de preguntas abiertas en la Universidad de Beijing (uno de los epicentros de las demostraciones estudiantiles en 1989). Posteriormente visitó una pequeña localidad en el norte chino donde se estaba experimentando con un proceso de democracia local que hoy se ha extendido por toda China. Clinton también pudo asistir a una ceremonia religiosa en la iglesia protestante de Changwenmen en Beijing y su visita culminó con una entrevista radial con preguntas abiertas al público en Shanghai.

En ese momento, el gobierno chino dio una prueba de apertura inusitada y salió notoriamente airoso de la misma, pues se expuso en todos aquellos temas en los que los Estados Unidos lo censuraban, como la libertad religiosa y el derecho a la libre expresión de sus ciudadanos.

De 1998 para acá la situación varió mucho a favor de la consolidación interna del régimen comunista. Superó con éxito la crisis asiática y logró mantener un crecimiento económico de entre el 7,5% y el 10% anual. Los Estados Unidos cometieron serios desaciertos, como el bombardeo de la embajada china en Belgrado, el bloqueo a la pretensión china de ser sede de los olímpicos y el incidente del avión espía, a lo que se sumaba el acercamiento a los taiwaneses y el fortalecimiento del aparato militar de la isla.

No hay que dejar de lado que, además, China, tal vez por el éxito de su economía, no ha tenido una contraparte disidente internacional realmente activa como la tuvieron los soviéticos. De hecho, uno de los disidentes más famosos, el periodista Liu Xiaobo, escribió en 1991 un duro artículo contra los disidentes chinos en el exterior entre los que se incluía él mismo, señalando su poca capacidad organizativa y escasa claridad política, dos puntos en los que el Partido Comunista de China los aventajaba con contundencia⁴, por su propia experiencia histórica desde 1921.

Así, en la medida en que la situación interna de China la lleva hacia una sociedad más varada y abierta, dentro de un régimen unipartidista y autoritario que, sin embargo, conduce al país por la senda de la prosperidad, los Estados Unidos se han ido quedando sin tema en materia de derechos humanos para cuestionar a los chinos. El resultado es que en los últimos dos años los Estados Unidos han escogido objetivos muy poco prestigiosos para impulsar la crítica en esta materia: El caso más claro es el de la secta Falun Gong, que fue proscrita en China por razones de seguridad y salubridad. Esta decisión fue duramente cuestionada por

⁴ LIU XIAOBU, "La injerencia de Nueva York y el dilema de un conocidista", en *Problemas Internacionales*, US Information Agency, Washington, 1991 enero-abril, p. 113.

los estadounidenses. Pero la secta Falun Gong no es sino una mezcla absurda de misticismo, magia barata y superchería que anidó entre sectores incultos de la sociedad china, llevando al sacrificio de sus practicantes para realizar una salvación a través del líder de la secta, un oscuro burócrata llamado Li Hongzhi que falsificó su registro de nacimiento para ponerle una fecha que coincidiera con la de Buda y quien vive actualmente en los Estados Unidos como asilado político. En este sentido, los Estados Unidos no tienen argumentos convincentes, si se tiene en cuenta que en el pasado, por las mismas razones que los chinos, su persecución de la secta de Jim Jones y del New Branch Davidian culminó, como es sabido, con la inmolación de 900 seguidores de Jones en Guyana y de 87 davidianos en Waco, Texas, en 1993.

Conclusión

Los acontecimientos de estos dos últimos años en la redefinición de la política de los Estados Unidos hacia China parecen confirmar las interpretaciones según las cuales los factores de confrontación y fricción se incrementan en detrimento de la tendencia de gobiernos anteriores hacia la consolidación de la cooperación con los chinos.

A partir del 11 de septiembre de 2001 y, sobre todo, con la puesta en marcha de la operación *Enduring Freedom* contra la red Al Qaeda y el régimen talibán en Afganistán, los Estados Unidos recuperaron presencia militar efectiva en muchos países y regiones de donde habían salido tiempo atrás, como Filipinas, y la obtuvieron en muchos países y regiones donde no la tenían, como Pakistán, los nuevos países de Asia central y Georgia. Esto agrava la situación de seguridad global de China, pues tiene en su vecindad interior a un país que considera tener una estrategia de largo plazo para constituirse en un poder hegemónico mundial, sin mayores factores de contrapeso.

Para los chinos, la experiencia histórica señala que los Estados Unidos usan campañas militares de objetivo concreto para consolidar objetivos más ambiciosos de largo plazo y nunca han retirado sus fuerzas militares después del objetivo inicialmente planteado. Aún permanecen en Corea, desde su intervención en ese país en 1951; y de Indochina, donde intervinieron en 1954, solo se retiraron luego de su derrota en Viet Nam. La operación Desert Storm se diseñó y ejecutó para recuperar la soberanía de Kuwait usurpada por Iraq. Para ello, los Estados Unidos, liderando una fuerza multinacional de las Naciones Unidas, sentaron cuantiosas tropas en Qatar, los Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita, de donde no se han retirado, y así aseguraron el control de toda la zona entre el mar Rojo y el Golfo Pérsico. Teniendo en cuenta que la OTAN involucra a Turquía y los intereses estadounidenses en Israel, dicho control se ejerce sobre todo el Cercano y Medio Oriente. Entre 1992 y 1995, los Estados Unidos lideraron las acciones de la OTAN en Croacia, Eslovenia y Bosnia y Herzegovina en la guerra civil yugoeslava. Estas operaciones culminaron con una presencia militar estadounidense que hoy subsiste con cerca de 3.000 soldados. En 1999 intervinieron en la guerra de los Balcanes, nuevamente bajo las insignias de la OTAN, pero aportaron el 70% de la fuerza aérea, el 80% de la fuerza naval y el 100% de la fuerza terrestre que intervino en la zona donde actualmente permanecen cerca de 5.000 soldados como fuerza de mantenimiento de la paz. Con la operación *Enduring Freedom*, los Estados Unidos aseguraron presencia efectiva en Pakistán y Afganistán y regresaron a Filipinas.

A esto hay que sumarle la extensión de la OTAN hacia el Este y el hecho de que Japón ha sido incluido entre los aliados estratégicos de los Estados Unidos. China ha visto reducido su espacio de maniobra para la configuración de un mundo multipolar y su percepción de seguridad nacional actual es crítica. Con un poder hegemónico en el mundo, que percibe a China como rival estratégico y que asume una actitud hostil frente a la regulación de la carrera armamentista, China se está quedando sin opciones diferentes a incrementar sustancialmente su gasto en armamento y entrenamiento de tropas, para aumentar su nivel tecnológico y

asegurar así la fuerza persuasiva de su poder militar. China necesita un par de décadas más de paz y estabilidad mundial para poder garantizar que su poderío sea en realidad integral, es decir político, militar y económico.

En este propósito, la política china de no hacer alianzas con ningún otro país del mundo dificulta la tarea, ya que no tiene aún ese poderío integral que le permitiría ser un contrapeso internacional de los Estados Unidos. Rusia, que hoy comparte inmensas afinidades estratégicas con los chinos, está inmersa en sus propios problemas y también pasará un par de décadas antes de que reconstruya su aparato industrial y agrícola y pueda obtener los fondos suficientes para restablecer la confianza de la población y destinar una parte importante al gasto militar que imponen las nuevas condiciones de alta tecnología de la guerra moderna.

Si a todo lo anterior le sumamos la probabilidad de que, como se ha comentado recientemente, la recesión estadounidense encuentre su tabla de salvación en la industria militar y el gasto en seguridad de toda índole, la evolución de los últimos 18 meses de las relaciones chino-estadounidenses podría indicar que los discursos de campaña pasarán cada vez más a ser actos de gobierno y que las tensiones podrán incrementarse.

No hay que olvidar las lecciones de la historia, pues en ellas encontramos que muchas veces los chinos han postergado sus necesidades de desarrollo económico por defender su soberanía y su independencia, inclusive a costos gigantescos.